



## **Violencias de género: arcoíris es más que rosa y azul**

**Por MSc. Mareelén Díaz Tenorio.**

**(Especial para No a la Violencia)**

A la altura de este siglo, cada vez es más común escuchar coincidencias entre lo que muchas personas consideran contenidos de la categoría género y su distinción en relación con la de sexo. Aún cuando a los adelantos científicos les queda mucho por descubrir sobre la naturaleza humana, la mayoría de las personas asocia el sexo a características inherentes a la biología, en la distinción entre hombres y mujeres. Se habla de características naturales, anatómicas, fisiológicas, genéticas, gonadales, hormonales, genotípicas, fenotípicas, cromosómicas, hipófisis-hipotalámicas, endocrinas y genitales. Algunos las ven como inmodificables y las ubican en el momento del nacimiento. Prefiero ubicarlas en cualquier etapa de la vida, para incluir lo no tan habitual como hermafroditas y transexuales, a quienes se les ha practicado reasignación de sexo por vía quirúrgica. Con toda variación, sexo se atribuye a características biológicas que distinguen a hombres y mujeres.

En cuanto al género, las coincidencias apuntan a considerarlo como una construcción sociocultural, subjetiva, que contiene las características, roles, actitudes, comportamientos, creencias, significados, identidades, funciones y relaciones, atribuidas al ser hombre y mujer de acuerdo al sexo, por y en una sociedad histórica concreta. Estas atribuciones suelen ser diferentes para cada caso, pero también desiguales.

Aunque no de manera absoluta, se reconoce la existencia del patriarcado como un sistema social con amplia presencia en la historia de la humanidad y en nuestras sociedades actuales. Constituye una estructura social jerárquica, basada en un conjunto de ideas, prejuicios, símbolos, costumbres e incluso leyes, por las que el género masculino ocupa posiciones de poder y el femenino de subordinación. Esta estructura genera desigualdad en el acceso al poder, no sólo en relación con las mujeres, sino también con otros hombres, y limita la construcción de sociedades democráticas y sostenibles.

En este contexto, el análisis de la categoría género muestra, con frecuencia, una dicotomía de polos opuestos: hombre y mujer. La imagen asociada (y no pocas veces utilizada en prácticas sociales, con fines transformativos) nos transmite el azul y el rosa como estereotipos sobre lo femenino y lo masculino. Sin lugar a dudas, esta realidad existe; pero no es totalitaria.

En tanto construcción subjetiva sociohistórica y cultural, no debe suponerse que el género abarque una realidad estática o inamovible, sino procesal, con potencialidades de cambio y variabilidad en un espectro de intensidades mayores o menores. Las modificaciones en la cosmovisión de género (como componente de la subjetividad individual y grupal) pueden apreciarse a lo largo de la vida de las personas y también a nivel global, en grupos sociales específicos y en toda la sociedad, a lo largo de la historia. En los tres niveles pueden identificarse movimientos de evolución e involución.

Sería erróneo concebir la existencia absoluta de solo dos géneros, femenino y masculino, como polos opuestos. Más bien son elementos de un *continuum*, en el que se ubican las personas (por autoconcepto y/o atribución social), de acuerdo a sus niveles de femineidad o masculinidad. Es necesaria una mirada recursiva y relacional para entender la existencia de diversas masculinidades y femineidades, en tanto apropiación de esos rasgos que una sociedad y cultura, en un momento histórico dado, atribuyen al definir el género de un ser humano a partir del sexo. Además, en este proceso de construcción subjetiva influyen, en el *continuum* de femineidad/masculinidad, otros ejes diferenciadores como grupo y clase social, etnia, religión, territorialidad, raza, edad, etc., que configuran la variabilidad de contextos sociohistóricos y la relación entre sexo y género. Es necesaria la desvalorización de un acercamiento dicotómico para las relaciones entre naturaleza (sexo) y cultura (género), valdría más hablar de géneros que de género.

No solo existe el rosa y el azul, en la realidad social está presente toda una amplia gama de colores. Algunos de esos colores muestran tonos muy intensos, que a mi modo de ver marcan los modelos más tradicionales, conservadores, desiguales y estereotipados de las construcciones de género.

Entendiendo la existencia de masculinidades y femineidades y sus diferencias, puede comprenderse entonces que la violencia de género también muestra un espectro de variaciones del tema cuando, específicamente, se tornan diferencias en desigualdades. Sin



embargo, es posible definirla, enfrentarla y --aún más importante-- prevenirla. La violencia de género, en mi concepción, es también una categoría relacional por excelencia, de carácter aprendido, que se define por acciones u omisiones inmersas en relaciones de desequilibrios de poder (permanentes o momentáneos), basados en desigualdades por razones de género, en las que existe una intencionalidad y daños asociados, causantes de irrespeto a los derechos individuales.

Un análisis simple de las relaciones de género, carente de la visión del *continuum* mencionada anteriormente, tipo rosa vs azul, podría restringir el análisis de la violencia de género a la que se ejerce por el hombre contra la mujer. Aunque la historia de la humanidad y nuestras sociedades de hoy muestren, lamentablemente, el predominio de este tipo de violencia, la realidad muestra un arcoíris de caminos, a través de los cuales se ejerce ella misma, y también la existencia de otros modos de violencia con daños que conducen a la reproducción y perpetuación de desigualdades sociales en función de los géneros.

Las relaciones intergéneros (entre hombres y mujeres) e intragéneros (entre mujeres y entre hombres), ofrecen un escenario más amplio sobre el cual transformar enfrentando y previniendo la violencia. En la reproducción de la violencia de género, según mis ojos, se incluyen procesos que tienen que ver con: educación sexista para niños, niñas y adolescentes de ambos sexos, en la que se utiliza la violencia como método formativo; expropiación al género masculino de emociones y sentimientos esencialmente humanos; discriminación de hombres y mujeres que se apartan del patrón estereotipado tradicional, por ser homosexuales femeninos o masculinos; hombres que discriminan y violentan a otros hombres, mujeres que discriminan y violentan a otras mujeres en función de los "ideales genéricos" promovidos socialmente; socialización masculina tendiente a identificar a los hombres con acciones armadas de violencia social y reprimir los procesos de enfermedad; exigencia y supervisión entre mujeres sobre el cumplimiento de roles domésticos asignados; límites en la libertad de decisión, la participación, la creatividad y el crecimiento personal del hombre y la mujer; violencia de la mujer hacia el hombre; violencia cruzada en las relaciones de pareja y otros.

Evitar la reproducción de relaciones violentas, causadas por cosmovisiones sociales de géneros, implica, también, mirarnos y repensarnos en sintonía con la variabilidad que la realidad social muestra.